

UN MEDICO DE LA ARMADA ESPAÑOLA, FUNDADOR DE LA PRIMERA FACULTAD DE MEDICINA DEL RIO DE LA PLATA

Emilio DE LA CRUZ HERMOSILLA
Capitán auditor de la Armada (E. C.)

Le cabe a la Armada española el orgullo de haber puesto en marcha el primer centro de enseñanza de la Medicina en nuestro país, superando para siempre las viejas carencias de la profesión y creando un rico vivero de vocaciones. Fue el Real Colegio de Cirugía, que abrió sus puertas en Cádiz, en 1748, gracias a una conjunción de factores, entre los cuales se encontraban el talento y la clarividencia de un ilustre cirujano de las flotas, Pedro Virgili, y la comprensión y la sagacidad de un político, Zenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada, que desde el primer momento entiende las razones de la petición del primero y logra, desde su alta posición cerca del Rey, que se realice su aspiración legítima.

Virgili, quien para entonces poseía ya una larga experiencia a bordo de los buques de S. M. y un conocimiento científico superior a la media de la época, estaba empeñado en que se contara en aquéllos con unos servicios médicos, atendidos, además, por profesionales con la preparación suficiente, en vista de la situación que existía en aquellos tiempos. Merece la pena reproducir una parte de la argumentación de D. Pedro en su primer escrito dirigido al marqués:

(...) Todos estos perjuicios e inconvenientes (se refiere al estado de las instalaciones en los navíos) son imposible superarlos, si no se hace un Colegio en el cual se enseñe la Cirugía con el método que se requiere, deduciendo sus doctrinas de los experimentos físicos, observaciones y experiencia práctica, para lo cual siendo preciso haya un Hospital donde haya u ocurran muchas enfermedades y que también se encuentren cirujanos de grandes conocimientos que puedan explicarlas a los practicantes colegiales haciéndolos trabajar en la Anatomía efectiva y exponiendo todas las demás partes de la Cirugía. Este Hospital no lo hay más propio, cómodo y conveniente que el Real de la Armada en Cádiz... (1).

El memorial de Virgili —que se trasladó a Madrid para entregarlo personalmente— fue del total agrado de D. Zenón que, a su vez, en julio del año indicado, lo elevó al Rey Fernando VI con sus mejores recomendaciones. En

(1) *Historia abreviada del Real Colegio de Cirugía de la Armada de Cádiz*, por Diego Ferrer, Imprenta Rubiales, Cádiz, 1960.

noviembre siguiente, el monarca firmaba las ordenanzas del colegio, *teniendo presente las ventajas que se seguirán a su servicio, y la utilidad que experimentarán los oficiales, tropas y marinería de la Armada y navíos particulares de comercio en la cura de sus enfermedades (...)* (2). El trámite, pues, fue todo un récord para las costumbres de la época.



Retrato de D. Pedro Virgili y Bellvé, fundador del Real Colegio de Cirugía de la Armada. (Se conserva en la Facultad de Medicina de Cádiz).

No caben en este trabajo el relato de la celeridad con que se acometieron las obras del Real Colegio, el fervor con que su promotor reclutó el cuadro de profesores y reunió el material didáctico apropiado, pero sí dar una muestra del ritmo que se puso en la consecución del proyecto, al reproducir las frases de aquél en carta de 7 de julio de 1750: *(...) participo a V. I. cómo el día de San Juan entraron los colegiales a vivir dentro del Colegio, de lo que doy gracias a V. I. por la suntuosidad del edificio y la decencia con que están (...)* (3). Los primeros

(2) *Idem, idem.*

(3) *Idem, idem.*

cincuenta aspirantes a la condición de cirujanos de la Armada ya tenían asegurados alojamiento y enseñanza.

A partir de ese momento histórico, el personal embarcado comenzó a percibir el avance técnico que significaba la presencia de los facultativos egresados de Cádiz, que elevaron sensiblemente el nivel de calidad en las enfermerías a bordo, lo que era muy de agradecer en los viajes de larga duración —inevitables, entre la Península y los virreinos del Nuevo Mundo y Filipinas—, así como en los centros hospitalarios en ambas orillas. Era un paso de progreso que situaba a la ciencia médica española, en general, a la altura que la misma había logrado en Francia, nación que, por entonces y gracias a la escuela de París, estaba situada a la cabeza de Europa en los estudios de la Medicina y la Cirugía.

Influencia en América

A los pocos años de la creación del Real Colegio de Cirugía, esos mismos efectos comenzarían a percibirse en las bases y apostaderos situados en las costas de los inmensos territorios sometidos a la Corona de España. En puertos como los de Veracruz y Acapulco, en la Nueva España; Cartagena de Indias, en la Nueva Granada; el Callao, en Perú; La Habana, en la isla de Cuba; Montevideo y Buenos Aires, en el Río de la Plata, etc., se inició un mejoramiento de las condiciones de salubridad ambiental, y hasta hubo expediciones por tierra firme que contaban con la asistencia de algún médico de la Armada, como ocurriría en la que llevó a cabo la conquista de California (4).

Creo que éste fue un segundo fruto que quizá no se había propuesto Pedro Virgili al dirigir su memorial al Marqués de la Ensenada, en su inquietud por mejorar la Sanidad de la Armada y ponerla a la altura de aquel siglo. Mas lo cierto es que el fenómeno se produjo y así hay que registrarlo aquí, aunque también parece de rigor aludir a algunas razones que lo avalaron. La primera de ellas está relacionada con un hecho indudable: casi todos aquellos cirujanos que se graduaban en Cádiz no tenían relación con la vida de la mar y tardaban en habituarse a ella, con todas las incomodidades inherentes a la navegación de la época y de las que tantos testimonios han quedado.

Por otra parte, para aquellos profesionales que sentían vocación de superarse en sus conocimientos teóricos, suponía un evidente aislamiento pasar meses y meses, y hasta años, alejados de núcleos de población donde percibir noticias relacionadas con su ejercicio. De ahí que, conforme crecían en edad y percibían los primeros síntomas de su estancamiento en la Cirugía y en la Medicina, tuvieran como meta asentarse en ciudades marítimas donde existían servicios hospitalarios de la Armada. En honor a la verdad, a veces no se

(4) *Viajes misionales de la Alta California*, por fray Francisco Palou, Bibliotheca Indiana, Editorial Aguilar, Madrid, 1958.

producía esta decisión *motu proprio*, sino por el celo de una autoridad virreinal que les incitaba a adoptarla.

Este es el caso de un ilustre galeno, el licenciado D. Francisco Muñoz de Rojas, médico mayor de la Carrera de Indias, que se queda en Cuba como director del Hospital de Marina de La Habana. Casi treinta años después de la fundación del Real Colegio, en 1776, partió de Cádiz la expedición más nutrida e importante hasta entonces de cuantas habían puesto proa a las Indias, la encabezada por Pedro de Ceballos, prestigioso general, con una flota mandada por el Marqués de Casa Tilly, compuesta por 97 buques mercantes escoltados por otros 19 de guerra. Iba un total de 10.000 soldados y 4.500 hombres de maestranza, carpinteros, herreros y carreteros (5).



Una muestra de la arquitectura colonial relacionada con la Marina: fachada del Hospital de Infecciosos de la Armada, tal como se conserva en Veracruz (Méjico). (Grabado que aparece en la obra de José Luis Sariego *Historia de la Marina española en la América Septentrional y Pacífico*. Sevilla, 1975).

En tan poderosa fuerza naval viajaba un médico jefe, Miguel Gorman, y a sus órdenes directas, como segundo, Jaime Menós de Llena, y como jefe de Cirugía, Francisco Puig. Naturalmente, en la escuadra iban también otros profesionales distribuidos por los distintos navíos y en función de sus capa-

(5) *Los virreinos en el siglo XVIII*, por Cayetano Alcázar Molina, Salvat Editores, Barcelona, 1959.

ciudades de tripulación. El primero de los citados era irlandés, nacido en 1736 en el condado de Clare, y antes de pasar a España hizo sus estudios médicos en Francia, revalidándolos en Madrid y poniéndose al servicio de Carlos III, llevando a cabo importantes misiones en buques de la Armada tras permanecer en Cádiz algún tiempo. Gorman se quedaría para siempre en Buenos Aires, convirtiéndose en el promotor del Protomedicato de dicha capital (6).

Agustín Eusebio Fabre

El irlandés, sintiéndose muy a gusto en la nueva tierra, se propone organizar allí la enseñanza de la Medicina y la Cirugía con arreglo a criterios modernos como los que imperaban en París y en Cádiz, lográndolo a fuerza de insistencia y con la ayuda de dos virreyes consecutivos, Pedro de Ceballos y Juan José de Vértiz. Sería providencial para sus planes que apareciera en el Río de la Plata otro médico de la Armada, antiguo alumno de Pedro Virgili, el gaditano Agustín Eusebio Fabre, nacido el 15 de diciembre de 1743 y bautizado cinco días después en la iglesia parroquial de la Santa Cruz.

A los 24 años, en 1767, obtuvo el título en el Real Colegio *con universal aplauso*, como reza en el oportuno certificado que se le expide (7). A continuación, embarca en una flota con destino al Pacífico y se tiene noticia de su paso por El Callao y Acapulco antes de cruzar el océano para ir a Filipinas. En el archipiélago permanecería varios años, siempre embarcado, hasta regresar a Cádiz, siendo enviado nuevamente a América. En 1777 se encuentra en Montevideo y, a lo que se ve, con una salud no muy ostentosa, por lo que pide permiso para permanecer durante algún tiempo en la plaza, lo que se le concede, si bien tiene que navegar de nuevo por aquellas aguas.

En 1784 llega a Buenos Aires a bordo de un navío. Y decide quedarse. Para ello, se dirige al virrey solicitando se le permita ocupar una plaza en el Hospital Real por serle insufrible la vida de a bordo, dado su estado físico. Y escribe en la solicitud: (...) *padezco temblores en los extremos superiores, espasmos de nervios y malas digestiones que me constituyen hipocondriaco (...)*. Las razones son atendidas y el Protomedicato, después de comprobar sus conocimientos profesionales y de contrastar la documentación que le acredita como profesor legalmente graduado en Cádiz, le autoriza a ejercer y, de inmediato, entra en contacto con el doctor Gorman.

Este ya había puesto en marcha su plan de estudios, como hemos visto, y ve en Fabre el colega idóneo para que le ayudara en la tarea, hasta el punto de que el plan mencionado está firmado por los dos, si bien Fabre es el auténtico organizador de la Escuela de Medicina, iniciándose una obra de extraordinaria importancia para todo el Río de la Plata y, lógicamente, para

(6) Discurso de ingreso de José Luis Molinari en la Academia Nacional de la Historia de la Rep. Argentina, boletín de la misma, tomo 1957-1958.

(7) Expediente de Agustín Gervasio Fabre en el archivo de la Facultad de Medicina de Cádiz, en su orden.

la futura República Argentina (8). Se ponía en marcha un centro que es origen de la prestigiosa tradición médico-quirúrgica criolla, que es hoy la más importante de Hispanoamérica, lo que confirma el hecho de que dos argentinos sean poseedores del premio Nobel.

Trayectoria difícil

Agustín Eusebio Fabre había contraído matrimonio con una porteña, María Antonia Rivera, con la que procreó una numerosa familia, teniendo la fortuna de que una de sus hijas le resultara de gran ayuda, ya que había heredado de él sus dotes de dibujo y pintura, muy útiles para las clases de anatomía en la Escuela de Medicina. Cuando Gorman es jubilado, designa como el mejor sucesor al frente de la obra al médico gaditano, quien se dedicaría todavía más intensamente a su trabajo al mismo tiempo que procuraba atender a su antecesor y protector, ya que éste se encontraba en situación rayana en la miseria, pues se le adeudaban años de sueldo, muriendo en 1819.



Vista de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII.
(Grabado de la época)

Cuando ya había varias generaciones de facultativos formados bajo la dirección de Fabre, se producen los sucesos de mayor de 1810, que desembocarían en la guerra civil, primero, y en la independencia, después. Se le presenta al antiguo alumno del Colegio de Cádiz la dolorosa alternativa como a tantos otros peninsulares que residían en América al acabar el período

(8) Véase nota 6.

colonial español. El regreso era imposible, con dieciocho miembros de su familia a sus expensas, los cuales se sentían criollos y ni siquiera conocían la tierra originaria de su padre. Por otro lado, la tarea de éste se encontraba allí, en Buenos Aires, ciudad en la que se sentía lógicamente arraigado.

Los trastornos de aquellas luchas también le afectaron. Estaba acostumbrado a la estrechez, ya que debía sostenerse con unos haberes de 300 pesos anuales, parte de los cuales empleaba en material didáctico, porque, como había escrito al Rey, era necesaria una dotación económica mayor, ya que, si no, *sólo saldrán de la cátedra cuando más unos cirujanos puramente teóricos, sin práctica alguna, que es lo que más se necesita, para que la humanidad no padezca y muera en sus manos (...)*. No consta que Carlos IV diera oídos a su petición ni tampoco los primeros prohombres del régimen republicano, pues Fabre siguió en la miseria, que no fue obstáculo para seguir su trabajo.

Le aguardaba todavía una amargura más. Cuando la Asamblea argentina, en 1813, decide convertir en Facultad Médica y Quirúrgica el colegio que dirigía Fabre, se encarga de ello a otro profesor del mismo, Cosme Mariano Argerich, hijo de un coronel del Ejército español, pero nacido en Buenos Aires y, al parecer, partidario de la independencia. Esto sucedía en 1813, y un año después también se le confía a Argerich la fundación del Instituto Médico Militar, que duraría hasta 1821, en que ambos se fusionaron. Sin embargo, quien pechó con la organización de los dos planteles formativos fue Fabre, por expreso deseo de su colega, por sentir hacia él un gran respeto y un hondo afecto.

Nadie podía olvidar que el plan de estudios aprobado por el virrey Avilés, básico desde entonces en las enseñanzas de la carrera —que duraba seis años— había sido diseñado por Fabre con la aprobación del anciano doctor Gorman.

Por fin, cuando tenía 77 años de edad, el 29 de agosto de 1820, Agustín Eusebio Fabre y Fabre, vencido por sus largos padecimientos y por los incansables esfuerzos que había derrochado como médico, como profesor y como miembro de dotaciones de buques de la Real Armada, entregaba su alma al Señor mientras su cuerpo era sepultado en el cementerio del Hospital de la Residencia, junto al local donde había enseñado anatomía a sus numerosos alumnos. La desastrosa situación política del país en esos momentos, con una nueva guerra esta vez entre argentinos defensores de distintas posturas, hizo que el fallecimiento del maestro apenas fuera noticia (9).

Afortunadamente, en la moderna historiografía de aquella nación, la figura del médico de la Armada llegado de Cádiz ha sido rescatada del olvido y es elogiada unánimemente por cuantos estudiosos examinan y enjuician los albores de la Medicina y la Cirugía en el Río de la Plata.

(9) José C. Astolfi, *Curso de Historia argentina*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 4ª. edición, 1955.